

tras la puerta, dejó en el ambiente, enrarecido por el humo y por las emanaciones alcohólicas, una tibia fragancia sensual.

Solo con Raúl, le llevé á una taberna, y allí estuvimos hasta que una tenue claridad azulosa hizo perceptibles las rendijas de las ventanas. Entonces despedíme de él, enviando un recadero á recoger el saco de noche, ya de antemano preparado. Tomé pasaje, y pronto estuve alejado dos estaciones de la capital. Paseando, esperé poseído de impaciencia. Al fin, una sierpe de humo, extendiéndose encima de la umbría, dijo la proximidad del tren, que apareció en una meseta, moviéndose con una lentitud ilusoria que tenía algo de femenino. Otra vez fué oculta á nuestras miradas y otra vez hizose visible para entrar y detenerse con estrépito férreo y retumbante. Miré. En un coche, era la trémula candidez de un pañuelo discreta señal. Ascendí, y el convoy tornó á turbar con el ferruginoso trepidar de su marcha la paz campesina de aquella mañana de estío.

### III

No hubo frases justificativas ni hipócritas protestas encaminadas á buscar nombre inocente á nuestra acción. Presidió el encuentro una inmoralidad admirable. Los dos nos mostramos gallardamente cínicos para no cercenar encanto á la falta. En aquel idilio raudo gustamos toda la gama del placer. Tuvimos un beso para cada uno de los lugares propicios; un contacto para cada una de las veredas solitarias, donde la Naturaleza parecía ofrecer su complicidad á nuestros amores. Su impudicia traía á mi carne singular deleite, mezclado con algo de tortura. Me dió, con el goce de su posesión, el de sentirme á la vez poseído. Compleja y complicada, ofrecióseme en su belleza multiforme, consiguiendo que su última manera de darse y de adueñarse de mí me pareciese la más perfecta. Rara beldad armada de contradictorios encantos. Tuvo arrobos místicos, accesos de furor sensual, languideces, idealidades, insinuaciones perversas; contrición

nunca. En mi carne, la huella de sus dientes fué el sello de un pacto. Y sus primeros besos eran terribles y atrayentes como un combate.

Nos complacía descender á las estaciones y pasear nuestro contubernio ante esas gentes misteriosas y aceleradas que no hemos visto ni esperamos volver á ver nunca. Jamás concubinato alguno sintió como el nuestro deseos de ser pregonado. Cuando ambulábamos por los andenes, al caer sobre el enlace de nuestros brazos miradas curiosas, yo la veía esforzarse por no decirlo en alta voz. Pero cuando favorecía su deseo el trepidar vertebrado del «tren», se asomaba á la ventanilla para gritar: «¡Voy con mi amante, voy con mi amante!» Y la marcha del coloso ajustaba su ritmo al del pregón.

Poseíamos una fiebre perenne. Nuestro sentido táctil había multiplicado su sutileza, y cada uno de mis dedos, al treinar cerca de sus encantos, emanaba como una aguja eléctrica un flúido tenue y poderoso, como una brisa que arrancara bosques seculares y acariciase las frentes con inofensiva suavidad. ¡Oh viaje aquel! Jamás ante los altares de Venus se hizo sacrificio más pródigo. Mi energía fué muchas veces fénix al influjo constante de su ignición.

Yo ignoraba que se pudiera vivir tan intensamente. Mis facultades ejercitaron toda su elasti-

cidad, y producíame sorpresa el gustar el encanto de las cosas manidas. En sucesos antes inadvertidos ó vulgares, descubría ahora nuevos aspectos que solicitaban mi interés; todo emanaba un fuerte poder iniciativo... Eros aumentó el oxígeno en torno nuestro y estábamos envueltos por una alegría tumultuosa, dilatados como en una combustión los pulmones. Y así transcurrió el día: entre desmayamientos y deliquios impetuosos, saturados todos los minutos de voluptuosidades supremas...

Distraíamos los breves instantes de agotamiento en la contemplación del paisaje, y ante nuestros ojos, un poco fatigados, la visión fugitiva de bosques, de caminos, de casas—¡quién sabe de cuántas alegrías y de cuántos dolores!—se desplegaba como un inmenso lecho, incapaz de sustentar nuestras nupcias. Algunas veces entreteníase en contar los árboles de una á otra estación, mientras contemplaba yo las montañas lejanas é inmóviles: moles parduscas, centro de aquel girar vertiginoso cuya circunferencia describía el «tren». Cuando en los lejanos caminos veíamos un jinete marchar al andar lento de su cabalgadura, sentíamos una vaga curiosidad por su destino, por su historia. Quizás amara como nosotros. Otras veces, rompiendo la armonía de esos estados hiperestésicos, hacía un amoroso

yugo de sus brazos, sus labios oprimían á los míos en besos ruidosos y dejaba oír la perlería sonora de su risa, en tanto la silueta de un campesino quedaba detrás haciendo ademanes de escándalo.

El sol cadente hizo su desaparición entre flamas doradas y rojas. El crepúsculo ungió la campiña con su misterio inconsútil y azul. Sólo entonces, pesando sobre su espíritu la melancolía de aquel horizonte plumizo, tuvo Elvira un momento de contrición, de una contrición elegante que no lograba dejar de ser inmoral; falso arrepentimiento, desvanecido al calor de una de sus cínicas explosiones. Dijo:

—Quién sabe si hago mal con esto.

Quise ahogar la frase con mis labios, pero ella rectificó valiente mi error.

—No digo mal en el sentido usual de la frase... Mal para mí. Los escritores no suelen verse íntegros á través de su obra. Y tal vez, tras de tu superficialidad artística, haya un hombre atarazado por cobardías, por prejuicios... Si fueras siempre como ahora... Soy un poco egoísta y he decidido hacerme la vida agradable.

—Yo también adoro á Epicuro. Príapo es mi dios, y quiero vivir presente el paraíso ofrecido futuro á los musulmanes... Mahoma fué un gran hombre, digno de ser algo más que hombre.

El llanto resbaló por su cara, pero antes de llegar á la boca, ya ésta había roto en risa, risa histórica penetrante.

Pasamos por entre dos moles basálticas, y ella obstinóse en sacar la sombrilla, que se hizo pedazos contra las aristas ingentes. Una astilla la punzó en una mano. Yo la reñí por su alojamiento, y cuando le vendaba la herida, tuvo una crispación nerviosa, abatiéndose desmadejada y fría entre mis brazos. Dijérase un momento de reflexión, del cual reportóse en seguida, animada de un ardor creciente, como si su ser, forjado para el tálamo, sintiese vergüenza de confesarse satisfecho.

No fué más cálida ni pecaminosa estela la que antaño, en mares de Occidente, dejara el Bucen-tauro egipcio. Cuando se hizo de noche salimos á la plataforma para recibir el aire fresco magnificado por perfumes campestres. Y distrajimos las treguas de amor en mirar las chispas que pasaban raudas bajo el coche. En los túneles, percibíanse rojas; jadeaba lejanamente la máquina é imaginábamos la fábula de un dragón perseguido, dejando las entrañas ígneas en el loco correr de su fuga...

Dedicamos sendas caricias á las estrellas nomnadas; gozamos y sufrimos un paroxismo por cada una de las constelaciones, y á Venus, blan-

ca y cabalística, hicimos ofrenda de la más difícil ceremonia. Y en nuestro sueño hubo visiones de sátiros, de bacantes y de toda aquella fauna de lujuria y de risa pobladora de las épocas paroxismales. Al amanecer experimentamos una emoción tranquila. El paisaje albeaba á la luz incierta, tenuemente lechosa; de los caseríos desparramados sobre la vega ascendía patriarcal el humo, y como en las escenas eglogales, el tintinear de las esquilas y el claro clamor de las campanas se difundían en ondas de paz, llegando hasta las montañas inaccesibles, donde ya el Sol tenía un nuncio dorado y bermejo.

La angustiosa monotonía de los viajes largos trocóse en amenidad. Las horas transcurrieron distintas. Promediado el día, comimos el resto de la comida fiambre dispuesta por su previsión. Y poetizamos el yantar con escarceos y maestras coqueterías. ¡Cuántas veces fueron sus labios vehículo que trajo el manjar á mi boca! Luego sus manos revolotearon sobre los restos del festín, dejándolo todo en un orden imperfecto lleno de gracia.

Las vides cercanas al Rhin nos comunicaron sus cálidas ensoñaciones libadas en un solo vaso. Y enervados, en lucha los párpados contra una tenaz somnolencia, remontáronse nuestros espíritus en una espiral mística que no excluía la fie-

bre donde se abrasaban nuestros cuerpos. Hablamos:

—¿Nos perdonará Dios por amar mucho?

—Él ya ha sentado un precedente...

—¿Y crees tú profundamente en Dios, el Dios de la Audiencia final?

—Jamás he meditado acerca de mi fe, temiendo que se desvaneciese al frío de mis meditaciones.

—¿Recuerdas tu primer galanteo? Me supusiste capaz de hacer á Cristo más descendiente del padre hombre que del padre todo esencia y pureza.

—Ha florecido en mí el pecado de Cristo. ¿Llorarás al pie de mi cruz?

—Mis brazos han de ser tu cruz, mis besos judíos, y mi lengua lanza que lacerará la herida de tu boca. Reza: este coche es tu Huerto de los Olivos.

—Á Cristo no le mataron los judíos, sino Renán y Strauss.

—No te entiendo... Reza tu postrer oración.

En su ojos fulgía la llama de un deseo. Yo musité entre risas, prosternado ante ella:

—¡Divino Padre: hágase en mí tu voluntad! ¡Redima yo al mundo amoroso, y sean en mi boca el vinagre y la hiel!... ¡Divino caprípedo Pan, cúmplase tu voluntad en mí!

Algunos bordados sagitales ascendían por la

morbidez de sus flancos, marcando derroteros prohibidos... Y consumé arrodillado la crucifixión. Ella gozó todas las convulsiones, todos los gloriosos estremecimientos, supo por primera vez del calofrío que deja en la médula una serpiente roja. ¡Si mis labios hubieran marcado como el hierro candente que en la bárbara edad mancillaba las espaldas culpables, todos, todos sus sangrientos encantos hubieran sufrido la ignominiosa afrenta! Después quedóse extenuada, sin casi energía de movimiento. Encima del crudo almohadillado, su carne supremamente blanca, donde tejían las venas un tenue jeroglífico, evocaba y triunfaba del recuerdo de las venusiacas bellezas marmóreas. ¡Oh momento perverso y animal, momento trágico y solemne, como una iniciación religiosa!

Otra vez trajo el mediodía su pereza y otra vez impuso el crepúsculo su desolación al paisaje. Durante la noche de insomnio, tornamos á sentir esas emociones suaves que mecen el espíritu en una intranquilidad exquisita. Nuestra simpatía fué para dos sombras compañeras en el cuadro luminoso proyectado por un vagón contiguo. Los árboles erigían con tenebrosa majestad sus tenebrosas siluetas, y el unánime cabecear de la fronda traía la pesadilla de un cortejo ceremonioso congregado para un secreto y malé-

fico fin. El tren corría, corría, pero su estruendoso rodar no era obstáculo á que percibiésemos esos ruidos tenues é inquietantes, alma de la noche; diríanse sensaciones diversas llegadas por distintos sentidos. De vez en vez, una lucecita rutilaba en la obscuridad, tan lejana que no distinguíamos si era del cielo ó de la tierra. Lagrimeante, percibíase el ulular de un can. Voces nostálgicas entonaban canciones exóticas, con recuerdos del hogar abandonado y precito, llenas de temor de la muerte en distintos lugares á aquellos que sustentaron la infancia. Y oyendo las voces enronquecidas por la pena, sus ojos negros germen de toda obscuridad, se abillantaron, y yo pude ver la profundidad de la campiña en los dos espejos de ébano. Abandonamos la última estación. Ascendía la luna, grande, redonda casi áurea, y dos picos fingían en el horizonte sagradas manos alzando una hostia gigantesca. Traspuesto el túnel, mostró el mar su extensión bruñida por la luz. Sonoras y aromadas ráfagas trajeron susurros y perfumes salinos. Allá lejos, la ciudad se insinuaba imprecisa: informe agrupación de casas, luces, campanarios erectos. Antes de pisar tierra, un beso fué broche de nuestra cadena amatoria. Descendimos. Sobre la ciudad dormida, acariciando su reposo, flotaba un silencio de plata.

33462

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO H. CATÁ"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

## VI

Concertamos reunirnos en nuestra casita todas las tardes. Nuestra casita distaba un kilómetro de la ciudad. Sólo tenía un piso, circundado por el jardín, donde florecían pensamientos y rosas de te, bajo la protección de algunos naranjos seculares, que aromaban el ambiente con el perfume sugeridor de las flores de azahar. Amueblamos dos habitaciones fastuosamente. Los viejos tapices legendarios, orgullo familiar, fueron hollados en horas de ardimiento. La luz tamizábase por gasas y por cristales deslustrados, poniendo sus tonalidades discretas sobre los muebles y dejando como encendida una consola imperio abrumada bajo el peso de lindas baratijas y de una fauna minúscula y pasional que había eternizado en porcelanas de Sevres sus actitudes galantes. El lecho ocupaba puesto de honor en la mejor estancia; luego fué lecho toda ella. Todos los días intentábamos una exquisitez nueva. De un ánfora hicimos incensario para que-

mar almizele, benjuí y mirra; descubrí la influencia del olor en la sensualidad, y teníamos para cada día uno distinto; pero adoptamos finalmente el violeta, por ser el que más fuego ponía en nuestras caricias... Desde entonces no puedo ver una de esas florecillas, menudas y aromosas, sin que todo mi ser vibre como al contacto de aquella carne joven y ardiente, que hoy no será nada bajo tierra.

Ramona, la vieja criada al servicio de la familia Solano, vendióse por fin, é ignoro si de su austeridad triunfaron mis dádivas ó sólo el cariño de *la amita*. Elvira no tenía otro nombre para ella. Y lo pronunciaba con cadenciosa melosidad, delatando con este dejo ser descendiente de aquellas razas fuertes y serviles, antaño esclavas en tierras de sol.

Ya he dicho el secreto de Elvira: dar el encanto de lo aún no poseído á cada una de sus concesiones. Se ofrecía constantemente nueva; jamás una caricia cuya recordóme otra ya gustada; aun en sus desenfrenos eróticos, ponía algo de idealidad. Á veces, sus caricias tenían el ímpetu de una agresión, y otras, eran cual el aroma de esos perfumes superlativamente suaves, para cuya percepción tiene el olfato que multiplicar su sutileza. Indolente, blanda, felina ó brutal, se mostraba siempre irresistible. Y en el

supremo instante su carne era envolvente y ubicua.

Confieso nuestra afición al mal. No nos satisfacía aquella pasión clandestina, oculta tras las tupidas enredaderas ó asegurada por dos vueltas de llave. Sentíamos perversa alegría al observarnos observados. Nuestra insaciable excitación salió del confín de la casa á pasear por los bancos solitarios. Nos placía salir muy juntos, en un enlace desusado y pecaminoso. Mis manos nunca estaban ociosas; su boca tenía siempre retrasado un deseo. ¡Cuánto reimos cierta noche que un policía hubo de demandarnos continencia!

Algunas veces trocábamos nuestras vestiduras por ropas de menestrales para mezclarnos con la multitud. Un sábado, después de haber bailado en plena calle, ante un establecimiento que solemnizaba su apertura, entramos en un teatro donde había representaciones por horas. Compré dos billetes de «cazuela», y nos expusimos á la asfixia en aquella atmósfera densa, saturada de efluvios carnales, ese olor agrio característico de las multitudes. Y hasta tratamos de interesarnos por los héroes de la función, melodrama donde las escenas lamentables se articulaban con las chocarreras, merced á grosero artificio, y reimos las bufonadas de los histriones,

y nos conmovieron las altisonancias del galán, y hasta nos divirtió mucho que un obrero que estaba á nuestro lado nos fuera descubriendo prematuramente todos los incidentes de la obra.

En los cinematógrafos aguardábamos la obscuridad para entregarnos á esos preludios amorosos, consuelo de los infelices amantes que no pueden disfrutar la completa dicha. Nuestro deleite era mayor cuando infringía más prohibiciones.

Hoy, inclinado ya sobre el sepulcro, recuerdo la mañana sacrílega. Quedóle para siempre este nombre. Fué en una iglesia; oraba hincada de rodillas, haciendo pasar el rosario por el yugo devoto de sus dedos. Su hermosura pagana adquiriría en aquel ambiente místico un encanto exótico, y yo la saqué del sagrado recinto para satisfacer mi frenesí imperativo y apremiante.

Extenso sería el mapa de todos los sitios donde tuvimos un transporte. Nuestra voluntad, luego de rodar por todos los muebles, rodó por todas las veredas, bajo todos los árboles del jardín. Hasta en la playa, jugueteando á huir de las olas, la poseí medio hundida en la arena, lecho húmedo y cálido, envueltos á veces por la blanca invasión espumosa, de cuyo albor triunfaba el albor de su carne.

Tenía yo un capricho que ella se negaba á sa-

tisfacer, por haberlo visto empleado como recurso de novela vulgar. Ella tenía otro, y cambiamos las concesiones. El mantón blanco—no he hablado aún de aquel mantón que al envolver su figura le daba un garbo rufanesco y juncal—le serviría de fondo á su cuerpo yacente y desnudo, y yo en pago la llevaría á pasear en barca, mar adentro, una noche de luna.

Como quedan en la memoria los espectáculos sublimes, han quedado en todos mis sentidos cuantos detalles concurrieron á aquél. Mis ojos guardan las imágenes con matemática exactitud; mis oídos, las ondas sonoras que se produjeron en aquellos momentos; mi tacto, la sensación galvánica de roces casi imperceptibles. Tendida sobre el blanco mantón, la euritmia de su cuerpo era ideal figura de una geometría estética. De su carne emergía algo luminoso y lunar. En torno de las curvas, un nimbo pálidamente claro amplificaba en la seda aquella suprema armonía. En la negrura de la noche negreaba su cabellera. ¡Oh selva, cuyas fieras eran su enervador perfume! Movíase con lenta majestad, y el flanco se quebraba á cada actitud, apareciendo leve ó agudo, sin perder nunca la pura suavidad de sus líneas, graciosas líneas de máxima delicadeza. Fué una resurrección helena en medio de la estancia híbrida, alhajada con las banales elegancias de

cien generaciones impuras. Y su mármol vivo era lo más suntuoso en la suntuosidad de sedas y de oros.

Tuve anhelos de prosternarme, magnificado por la plegaria, ante la viva escultura, digna por su perfección de ser arquetipo de latina belleza. Puse en ella mis manos, unguidas de entusiasmo, con la misma ansia pura con que un sacerdote primate pondrá las suyas en la Hostia consagrada, alma y cuerpo de Dios. Otros días el placer de juntar mi carne á la suya en un contacto total, casi en una fusión, era meta de mi deseo; aquél, me satisficé separándome, sin romper la tangencia, pero separándome para poderla contemplar estremecida, pervertida, agotada bajo mi imperio. Comprendí el orgullo de la serpiente bíblica. ¡Cuántos símbolos radicaban en su desnudo cuerpo impoluto! Afrodita, Cleopatra, reina de hermosura y pecado, Venus triunfando de la espuma... Gasté aquel día años de mi pobre existencia.

Como los músicos recurren al piano para comprobar la pureza de algunos acordes, yo recurría á su voz para comprobar la de mi prosa. Leía maravillosamente; su voz, prodigio de ductibilidad, pasaba de uno á otro de los extremos registros por infinitos matices, en una graduación sólo perceptible por oídos bien organizados.

¡Cómo hacía resaltar su voz, ya blanda ó brusca, casi férrea, todos los defectos musicales! La forma descubríame por su mediación sus más enigmáticos secretos. Al concluir una página, ella la hacía sonora, cristalinamente sonora, y yo, obsesionado por el miedo á una disonancia que rompiese aquel armonioso decir, hacía ardid de mis labios, matando la voz en los suyos. ¡No recuerdo haberle consentido jamás leer una página completa!

Algunos días más tarde hube de cumplir el convenio. Fuimos al muelle. Cuando el patrón aceptó nuestras proposiciones de alquiler y la condición de quedarse en tierra, un pliegue burlesco hizo fruncir en sus labios una sonrisa suspicaz que animó el ancho rostro curtido de sol y de fatigas. Preguntó antes de decidirse:

—¿Sabe remar el señorito?

—Casi tanto como usted.

—Y la señorita ¿no se cansará de llevar la caña?

—Yo gobernaré con los remos.

—Bien, está bien... Diviértanse mucho los señoritos.

Para cerciorarle de mi pericia, le ordené solicitando su ayuda al desatracar:

—¡Abre!

Y nos partimos del muelle.

Se había ocultado el Sol. En el puerto, las canciones de los pescadores tremolaban lentas, desfalleciendo hasta morir á lo largo del mar, en la quietud misteriosa y trágica. El crepúsculo descendía de los montes poniendo en las aguas un color cenizoso. Una neblina sutil era corona en las altas cúspides y velo en la lejanía azul. Hacia el pueblo brillaban algunas luces indecisas. Ella interrogaba de tiempo en tiempo:

—¿Á la derecha... á la izquierda?

—Á donde tú quieras: guío yo.

—Has matado mi gran ilusión de gobernador: creía ir dirigiendo la barca.

Me despojé de la chaqueta para remar cómodamente. Una vez que por complacerla le dejé llevar el timón, faltó poco para que embistiésemos á una gabarra. Cuando mi jadear era hartamente fatigoso, Elvira paralizaba mi acción diciéndome:

—No te canses. ¿Tenemos prisa?... ¡Quisiera estar toda la noche navegando!

De afuera llegaba el viento frío. El agua se rizaba en ondulaciones cada vez más violentas, y las olas se perseguían hasta chocar contra los peñascos, donde se alzaban sonoras, vestidas de espumas. Sobre el fondo de las colinas desvanecíase la nota clara de las casitas diseminadas en ellas. Fundíase en un tono rojizo la amplia

gama de verdes que acusaba los bosques, los pinares, los pequeños huertos. Las gaviotas recortaban en el aire su candidez rauda; de vez en vez, alguna turbaba el vuelo majestuoso, descendía y tornaba á elevarse, llevando en el pico un despojo argentado y sangriento. Un faro destelló súbitamente, alumbrando hasta gran distancia. Elvira dijo con el tono de una insinuación:

—Ya estamos lejos de tierra... No se ve nada... ¿Te acuerdas de aquel barco tan grande? Ahora sólo es una sombra imprecisa... No podrán vernos.

Sus manos se sumergieron en el mar oponiéndose débiles á la marcha. La estela comenzaba á ser fosforescente. Aún suplicó otra vez:

—Deja de bogar, Julio.

Abandonados á la sujeción de los estrovos, los remos se juntaron á las bandas, y el bote quedó balanceándose sin dirección. Entonces, impulsados de un ardimiento nuevo, solos en la quietud, suspendidos entre las dos inmensidades, estrechó su cuerpo hasta torturarlo cruelmente contra las bancadas... Las olas definían en torno del bote planos y curvas de obsesionante morbidez. Aquella noche estuve brutal, sentí resucitar en mí la bárbara costumbre atávica de la violación y del estupro, y la ataracé hasta que la

sangre de sus labios se extendió por la cara des-  
encajada y lívida; pero de ella no brotó una que-  
ja: oponía al mío su furor... ¡Oh noche volup-  
tuosa y lírica! ¡Seis veces vi la guillotina del ple-  
nilunio doble en la profundidad húmeda de sus  
ojos!

El cansancio nos hizo recostar, víctimas de una  
dejadez dulce: mustia indolencia incapaz de in-  
tentar ninguna actividad; conscientes de nuestro  
enervamiento, meciéndonos en él, como en esa  
hora matinal cuando medio dormidos queremos  
sustraernos á las cosas exteriores que llegan va-  
gamente á nosotros. Así transcurrió mucho tiem-  
po. Al fin, venciendo una gran pereza, Elvira  
preguntó:

—Julio, ¿qué hora es?

—No sé... La hora feliz, la hora de plenitud.

Su espíritu insaciable y vicioso le dictó, sin  
contar con la pobre materia extenuada:

—¿Volverá otra vez el momento caliginoso?

—Hoy no, Elvira; imposible.

—Tengo frío, Julio.

Intenté remar, pero tan débilmente que la em-  
barcación apenas se movía. ¡Estábamos tan lejos  
de tierra! Ella quiso ayudarme, y ambos, sin  
ritmo, descompasadamente, concluimos de ago-  
tar fuerzas sin conseguir nada. El malecón de-  
jábase adivinar allá, muy lejos, á una abruma-

dora distancia. Todo en la noche era blanco é  
impasible con esa impasibilidad de las cosas  
grandes, poderosas. Arriba, en la inmensa ame-  
naza cóncava y azul, la Luna comenzaba á re-  
dondear su faz de milagro. Nuestras almas se  
diluyeron en la desolación del paisaje, buscando  
algo que no fuera indiferente, algo próximo, y  
tornaron desesperanzadas por angustiosas de-  
cepciones. Solos, lejos de la tierra, de la bendita  
tierra donde todo florece. ¡Solos! Y repitiendo  
esta palabra hasta olvidar su verdadero sentido,  
un terror pueril, insólitamente imperioso, adue-  
ñóse de nuestra voluntad. Desesperados por la  
impotencia, iba de uno á otro, como un viajero  
agorero y fatídico, el temor de que aquélla no se  
concluyese nunca. Y nos despedimos de todas las  
dichas amadas—de nuestra casita, del gran lecho  
donde habíamos hecho al palosanto perder supu-  
reza, de las rosas de te y de las campanillas azu-  
les,—creyéndonos abandonados para siempre,  
para siempre, en la inmensidad rumorosa del  
Océano.

—¡Tengo miedo!

—Acércate á mí... No llores. Gritaré y vendrán  
á buscarnos.

Mi grito tremoló largo, henchido de angustia,  
y luego uniéronse á él los gritos de Elvira. Gri-  
tamos una, dos, muchas veces, pero nuestras vo-

ces resbalaron hasta extinguirse en un murmullo que no tuvo eco. Entonces, sin esperar nada, nos batimos en las bancadas llenos de un odio sordo hacia el cielo, hacia el mar y hacía sombras densas é implacables. Ella sollozaba transida. Sobre mi corazón pesaba el mío y su sufrimiento.

No sé cuánto tiempo estaríamos uno junto á otro, sin hablar nada, odiándonos momentáneamente y atribuyéndonos la culpa de la desgracia, poco faltaría para amanecer, cuando una traínera que pasaba cerca acudió á nuestro llamamiento. Concertamos el precio de remolque. Los pescadores nos miraban con largas miradas suspicaces y sonreían con esas sonrisas incisivas que tanto ofenden á quien tiene algo que ocultar. Echaron un cabo que yo amarré á la proa del bote. Doce remeros vigorosos se pusieron en movimiento. Nuestro bote marchaba rectificando la estela de la lancha. ¡Ya no estábamos solos! ¡Ya no pereceríamos en el mar, lejos de la bendita tierra de los florecimientos! Y una alegría infantil se apoderó de nosotros cuando distinguimos la monotonía de las casas reflejándose invertidas en el mar, surcado por el cabrilleo áureo de algunas luces. El muelle avanzaba su mole férrea sostenida por erectos pilares, que al tocar el agua parecían haber perdido toda resistencia,

y culebreaban flácidos, cual si fueran á ceder al peso.

—¡Cía!

Cuando el bote chocó contra el acantilado, nos besamos solemnemente. De la Luna venía hasta nosotros, por el mar, un camino de plata. Desembarcamos.